

PANAMERICANISMO ARQUITECTÓNICO

Roberto Segre

Produce cierta aprehensión el empleo del término “panamericano”. De inmediato viene a la mente el recuerdo de la Doctrina Monroe, punto de partida de la aspiración de Estados Unidos de controlar la totalidad de las Américas. También perdura viva la sombría imagen de la OEA sometida a los designios del “Coloso del Norte” y su agresiva política con la isla de Cuba, mantenida aislada por décadas del resto de los países de América Latina. Recientemente, en un libro editado por el profesor Allan Schulman —*Miami Modern Metropolis*—, se recordó el destino de ciudad panamericana imaginado para Miami, al proponerse en los años cincuenta la exposición *Interama*, que debía aglutinar el norte con el sur, con excepción de Cuba. Imposibilitada la integración política, tampoco fueron particularmente exitosas las articulaciones económicas del ALCA, el ALBA o el Mercosur.

Sin embargo, una visión positiva del panamericanismo fue alcanzada en este siglo XXI por Luis Fernández-Galiano — principal exponente de la crítica arquitectónica española—, director de las prestigiosas revistas *Arquitectura Viva* y *AV Monografías*. A inicios de la pasada década se propuso documentar las realizaciones más significativas de la arquitectura a escala mundial en una colección de libros editados por la Fundación BBVA de Bilbao. Primero publicó el *Atlas. Arquitectura Global circa 2000*, con un panorama internacional, en el que asumí la responsabilidad de integrar una selección de obras de América Latina. Luego editó el *Atlas. Arquitecturas del siglo XXI. Asia y Pacífico*, y a finales del 2010 apareció el *Atlas. Arquitecturas del siglo XXI. América*, en cuyo lujoso y profusamente ilustrado volumen de gran formato y 318 páginas, reúne un conjunto de edificios construidos desde Canadá hasta Chile, incluyendo la región caribeña. Es la primera vez que, en los libros sobre esta temática en el Nuevo Mundo, se publica una visión que abarque la producción arquitectónica del norte y del sur de las Américas. Así, Fernández-Galiano superó el sueño bolivariano de la integración continental.

Para elaborar este ambicioso panorama, contó con la colaboración de algunos de los principales críticos de arquitectura de cada país: Canadá fue presentado por Trevor Boddy; Estados Unidos, Thomas Fisher; México, Louise Noelle; América Central y el Caribe, Roberto Segre; Venezuela, Maciá Pintó; Colombia, Silvia Arango; Perú, Ecuador y Bolivia, Frederick Cooper; Brasil, Hugo Segawa; Argentina, Uruguay y Paraguay, Jorge Francisco Liernur; y Chile, Fernando Pérez Oyarzún. Cada

uno de los autores elaboró un texto introductorio con la visión general de la arquitectura de su país en la primera década de este siglo, y luego se mostraron en detalle un pequeño grupo de obras seleccionadas, cuyo número varió desde los dos ejemplos de la “Cenicenta” de Centro América y el Caribe, hasta las trece edificaciones de Estados Unidos.

Resulta imposible, en una breve reseña, hacer una lectura de las obras que representan cada país. Si por una parte existe un predominio de edificaciones de instituciones públicas sobre la mínima presencia de empresas privadas —las oficinas de la InterActiveCorp en Nueva York, de Frank Gehry; la agencia de publicidad Loducca de Triptyque en San Pablo, y BIP Computers, de Alberto Mozó, en Santiago de Chile—; se evidencia la escasa significación de la vivienda colectiva —contrariamente a lo que ocurre en Europa— y de obras de contenido social, en esta década convulsa y azotada por los fenómenos naturales y sociales que la identifican. Algunos ejemplos de residencias individuales o edificios de departamentos en Brasil, Perú, Argentina, Ecuador y Chile, demuestran la existencia de una alta burguesía local que todavía demanda esta tipología arquitectónica, asumiendo un diseño original e innovador, contrariamente a la tendencia general de construir conjuntos habitacionales —condominios cerrados—, carentes de toda calidad estética. Pero solamente aparece un conjunto de vivienda colectiva social en Toronto, del estudio Teeple, mientras los millonarios neoyorquinos ocuparán el Nouvel Chelsea, de Jean Nouvel. Quizás Hugo Segawa podía haber seleccionado la Casa Box, de Yuri Vital, en San Pablo, un valioso aporte brasileño. Son mínimas las obras relacionadas con las angustiantes necesidades de la población de escasos recursos del Continente.

Es contradictorio que, existiendo una severa crítica de la cultura e intelectualidad latinoamericana al gobierno de Chávez en Venezuela, las dos principales obras presentadas estén situadas en los barrios marginales de Caracas: el Metrocable de Urban Think Tank —inspirado en el Metrocable de Medellín—, y la Casa Comunal, de Matías y Mateo Pintó. Sin embargo, sobresale la solución de vivienda mínima expandida por los usuarios, del chileno Alejandro Aravena, construida en el conjunto Quinta Monroy en Iquique, cuyo éxito le otorgó una amplia repercusión mundial. Queda la duda si en Estados Unidos, después del huracán Katrina, no surgieron originales soluciones en Nueva Orleans.

En el volumen se verifica un hecho notable: la ruptura del ancestral contraste entre el norte “desarrollado” y el sur “subdesarrollado”. Hay una coherencia creativa, un nivel homogéneo en la expresividad del lenguaje y en la calidad de las terminaciones, en el hilo conductor establecido por el persistente tema de los museos que todavía es floreciente en el mundo, a pesar de las críticas de Rem Koolhaas a la exagerada presencia de la historia en la cultura contemporánea. Las soluciones presentadas varían desde el carácter escultórico del edificio hasta el diálogo contextualista con el paisaje circundante. En la primera categoría encontramos el rojo y fragmentado Museo del Chocolate en Toluca, de Michel Rojkind; el Museo de Arte Contemporáneo de Teodoro González de León, en la Ciudad Universitaria de la UNAM, con sus rígidos juegos geométricos; la Ampliación anti-naturaleza del Museo Tamayo en Atizapán, de Michel Rojkind; el escultórico Museo Soumaya, de Fernando Romero, en Ciudad de México, émulo del Guggenheim de Frank Lloyd Wright medio siglo después. En la segunda categoría, más interesante, resultan sutiles las conexiones establecidas con la realidad local de cada obra, como observamos en la mimetización con el entorno natural lograda por Renzo Piano en la Academia de las Ciencias en San Francisco; la metáfora de los fríos y blancos icebergs en la ampliación del Museo Anchorage en Alaska, de David Chipperfield; la recuperación simbólica de la fragmentada imagen urbana de Nueva York, en el Nuevo Museo de Arte Contemporáneo de SANAA, y la transparencia y fluidez espacial que caracteriza a la arquitectura tropical, presente en el Museo de Arte de Miami de Herzog & de Meuron. Pero el sur no se queda atrás: Nicholas Grimshaw dialoga en las nuevas construcciones con la compleja forma estructural del horno de la fundición en el Museo del Acero en Monterrey; Carlos Villagómez asume el silencio ancestral y la sobriedad primitiva de la cultura preincaica en el Museo Arqueológico en Tiwanaku, Bolivia; mientras, el equipo de Coz, Polidura y Volante conservan la dura extensión horizontal del árido desierto, casi soterrando las estrictas geometrías cartesianas del Museo del Desierto de Atacama en Antofagasta, Chile. Aunque ausente en esta edición, no podemos dejar de citar el diálogo urbano del Museo de la Memoria en Santiago de Chile, obra reciente del estudio brasileño América.

Si bien el tema del museo establece una homogeneidad expresiva en las obras producidas en el territorio americano, también se manifiestan los contrastes y diferencias existentes entre los países de la región. Canadá, que trata de salvaguardar cierta homogeneidad social y calidad ambiental, se identifica a través del control de la forma urbana y una arquitectura vernácula que subsiste en las áreas rurales: por ejemplo, en el Centro Cívico Gleneagles en Vancouver, del estudio Pakau. Estados Unidos resume la integración de razas y culturas y su apertura a las influencias externas. Curiosamente, en la mayoría de las obras estadounidenses presentadas priman los arquitectos extranjeros sobre los norteamericanos: Renzo Piano, SANAA, David Chipperfield, Norman Foster, Rem Koolhaas, Carlos Jimenez, Jean Nouvel, Herzog & de Meuron, Miró & Rivera. La fragmentación y pequeñez de los países de Centroamérica y el Caribe, además de los ancestrales problemas políticos y



Yuri Vital. Conjunto de viviendas, Casa Box. San Pablo, Brasil, 2009

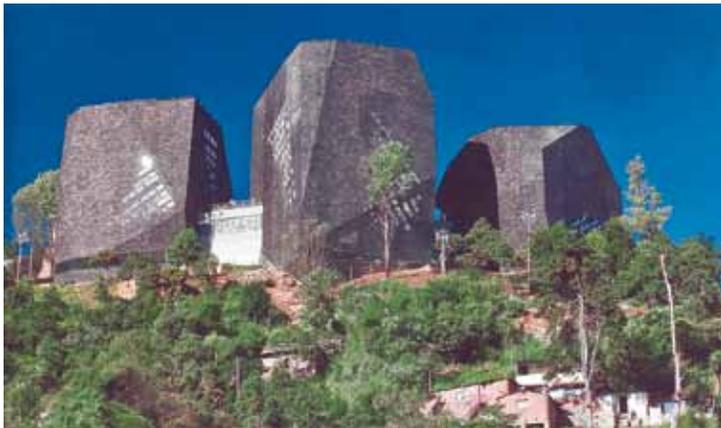


SANAAA, Sejima & Nishisawa. Nuevo Museo de Arte Contemporáneo. Nueva York, Estados Unidos, 2007

económicos —tanto por la dependencia de Estados Unidos, como por las burguesías locales poco identificadas con las vanguardias culturales—, no facilitaron el desarrollo de una arquitectura original y creativa, aunque su presencia no debería ser tan restringida como aparece en el libro: se percibe la ausencia de profesionales de talento, como Bruno Stagno en Costa Rica, José Antonio Choy en Cuba —país en el que se paralizó la producción arquitectónica con la desintegración



LAR/ Fernando Romero. Museo Soumaya. México DF, México, 2010



Giancarlo Mazzanti. Biblioteca España. Medellín, Antioquía, Colombia, 2008



Matías & Maeo Pintó. Casa Comunal en Caracas. Venezuela, 2008

del mundo socialista—; y Gustavo Luis Moré y Oscar Imbert en República Dominicana. También resulta limitada la producción en Ecuador, Venezuela —por las actuales tensiones políticas—, Uruguay y Paraguay, en donde se destacan a nivel internacional las ingeniosas invenciones de Solano Benítez. En Brasil, a pesar de constituir el mayor país del Continente y presentarse la perspectiva de eventos de escala planetaria, como el Mundial de Fútbol (2014) y las Olimpiadas

(2016), la arquitectura de las nuevas generaciones no ha conseguido todavía despegar, quizás por el sometimiento a la eternizada presencia de los viejos maestros: Oscar Niemeyer y Paulo Mendes da Rocha. Y Argentina, que a inicios de siglo cayó en la mayor crisis política y económica de su historia, en su paulatina recuperación no supera todavía el lenguaje vernáculo de Rafael Iglesias en Rosario, ni la herencia racionalista del Mausoleo Juan

y Eva Perón en San Vicente, de Fernández Castro y su equipo (es una excepción la casa View en Rosario, de Johnston Marklee y Diego Arraigada).

En conclusión, Chile y Colombia —y también en parte México— representan la vanguardia de la actual arquitectura latinoamericana. El primero, por el conjunto de experimentados profesionales que logran concretar sus proyectos en obras públicas: escuelas, hoteles, universidades, bodegas, capillas, industrias. Entre ellos, citemos a Alejandro Aravena, Germán del Sol, Cristián Undurraga, Alberto Mozó, Mauricio Pezo & Sofía Von Ellrichshausen, José Cruz Ovalle, Humberto Elías, Smiljan Radic, Sebastián Irarrázabal. En Colombia, impresiona la participación de jóvenes diseñadores en proyectos comunitarios urbanos, situados en las áreas periféricas de población pobre promovidos por el Estado y las Municipalidades, en los que prima la originalidad y la búsqueda de innovaciones formales y espaciales, que se alejaron de la dominante influencia formal del sobrio ladrillo establecida por el maestro Rogelio Salmons; es la debatida y criticada Biblioteca España en Medellín, de Giancarlo Mazzanti, con sus negros volúmenes sobresaliendo en las colinas de la periferia pobre; el poético y ligero Orquideorama en Medellín, de Mesa, Bernal y Restrepo; y la telúrica configuración pétreo de la Biblioteca Pública de Villanueva de Torres, Piñol, Ramírez & Meza.

Como diría el burlador de Sevilla, la arquitectura latinoamericana goza de buena salud. 📌

Roberto Segre (Milán, 1934). Arquitecto argentino, nacido en Italia y residente tres décadas en Cuba. Desde 1995 reside en Brasil, en donde es profesor de la Universidad Federal de Río de Janeiro. Es Doctor en Ciencias del Arte por la Universidad de La Habana y Doctor en Planeamiento Regional y Urbano por la Universidad Federal de Río de Janeiro. Ha publicado más de treinta libros sobre la arquitectura y el urbanismo en América Latina y el Caribe, entre los que cabe citar: *Las estructuras ambientales de América Latina*, *Arquitectura y urbanismo de la Revolución Cubana* y *Havana, Two faces of the Antillean metropolis*, en colaboración con John L. Scarpaci y Mario Coyula. Es miembro del Concepto Editorial de *ArchiPiéLAGO*.